

BARRAS DEPORTIVAS Y PROTESTA SOCIAL

Identidad y conflicto social en Honduras y Colombia



Tegucigalpa, Honduras. Foto: Simone Damasso. Plaza Pública

CUANDO LA IDENTIDAD MOVILIZA

Ser barrista no excluye ser un joven con perspectiva política, especialmente cuando se trata de demandas que emergen de la precariedad económica y social. Su participación como barrista en la protesta social responde al impulso de grupos sociales más grandes que se movilizan en momentos críticos del descontento ciudadano. Honduras y Colombia comparten la tradición de las barras de fútbol, integradas por una mayoría de jóvenes provenientes de barrios y comunidades excluidas y carentes de oportunidades, pero con una sólida identidad colectiva. Comparten también la violencia y protestas sociales que han hecho a las barras salir a las calles. Entender su participación en las protestas requiere ver más allá de la violencia y los estigmas y acercarse a grupos sociales portadores de identidad y del descontento ciudadano que moviliza las protestas sociales.

Transformar la violencia en las barras de fútbol es una contribución a la construcción de mejores democracias y sociedades en paz.



 @APAZAMERICAS

 @APAZAMERICAS

Visita nuestra página web
alianzaparalapaz.org





Foto: APAZ

«El mismo deporte con las mismas reglas no genera violencia en otros contextos ni en otros tiempos. No es cambiando el fútbol que se reducirá la violencia, es cambiando la sociedad, las condiciones de vida de las personas de las barras y el rol del Estado en las comunidades en donde esas personas viven»

BARRAS DEPORTIVAS Y PROTESTA SOCIAL

Durante el mes de enero de 2020, las principales calles y avenidas de Bogotá, Colombia, fueron nuevamente el escenario de masivas protestas sociales. El nuevo año inició con la segunda convocatoria al paro nacional, en donde cientos de organizaciones de diferente tipo se unieron para exigir al gobierno nacional el cumplimiento de una serie de demandas sociales, económicas y políticas. La primera convocatoria fue en el mes de noviembre del año anterior y fue igualmente masiva y diversa en sus expresiones de protesta.

La cobertura mediática de ambos momentos abarcó desde las expresiones creativas no violentas hasta las escenas de saqueo y los violentos enfrentamientos con la fuerza pública. La noticia de la muerte de Dilian Cruz, de 18 años de edad, quien fue herido por la Policía durante una de las protestas en noviembre de 2019, fue la trágica justificación para reabrir el debate sobre el uso de la fuerza durante las protestas sociales, lo que es, de hecho, una de las demandas de las protestas en el país.

En las protestas en Colombia participa una amplia diversidad de actores sociales, que va desde estudiantes de universidades públicas y privadas, sindicatos, gremios, organizaciones sociales de la diversidad sexual, derechos humanos, mujeres y organizaciones campesinas e indígenas, hasta artistas, académicos y ciudadanos de barrios y conjuntos residenciales de diferentes estratos sociales.

Sin embargo, fue el medio digital La Silla Vacía el que en un reportaje destacó a un grupo social

que participa activamente en las protestas sociales y sobre quien pesa una narrativa estigmatizante y utilizada como justificación para explicar la violencia en las protestas: las barras deportivas o barras del fútbol.[1]

En ese reportaje se les preguntó a los líderes de las diferentes barras colombianas (algo que no siempre se hace) sobre las razones de su participación en las protestas sociales.

De las diferentes razones que se presentan en el reportaje de La Silla Vacía, se destaca la edad como una de las razones que moviliza a las barras deportivas para salir a la calle y sumarse a las protestas. Se destaca también el que en esas situaciones, barras rivales se unen y ponen en pausa sus diferencias. Participan como barras, con esa marca de identidad que les cohesiona, unifica y diferencia.

Sin embargo, si bien la edad es un factor que tiene un peso significativo en la dinámica de las barras en todos sus escenarios, también lo es, por ejemplo, en los grupos de estudiantes universitarios. Son en su mayoría jóvenes quienes se enfrentan a las fuerzas de seguridad.

[1] <https://lasillavacia.com/los-barristas-le-ponen-pasion-al-paro-75264>

En este artículo se presentan otros factores que, junto con la edad, persiguen aportar a una comprensión más amplia de la participación de las barras en las protestas sociales. Una participación que también ocurre en otros países, como Honduras, que tiene las barras más grandes de la región centroamericana y que son parte de dinámicas de violencia de gran intensidad.

Las barras de Colombia y Honduras tienen muchas similitudes que sirven para comprender un fenómeno social que se unifica por otras razones además del fútbol y una larga tradición barrista: el contexto de marginalidad y exclusión de donde proviene la mayoría de sus miembros, la importancia de una identidad colectiva que se funde en la pasión por un equipo de fútbol, la solidaridad y lealtad que emerge de la sobrevivencia a entornos hostiles y, por supuesto, la violencia, que más que específica de un grupo, es una condición propia de estados presentes en lo simbólico, pero ausentes en su capacidad de generar ciudadanía vía oportunidades e inclusión

Barras deportivas y contextos de violencia

Las barras en Colombia y en Honduras han atravesado por un proceso de transformación que ha ocurrido también en otros países de América Latina. Han hecho grandes esfuerzos por alejarse de la tradición de barra brava sudamericana y redefinir su naturaleza hacia un barrismo que no se define únicamente por la violencia y agresividad de sus miembros.

En estos dos países, a diferencia de otros en el continente, las barras anidaron en contextos de violencia. En Colombia, la violencia tiene diferentes causas que van desde la larga historia de violencia política cuya expresión más relevante es el conflicto armado entre el Estado y las FARC y que finalizó con un Acuerdo de Paz en 2016 después de más de cincuenta años. Eso detuvo una de las expresiones de la violencia política, pero no todas, continúa el conflicto armado con el ELN y otros grupos armados que operan en el país. A eso se suma una diversidad de grupos organizados que durante los últimos años han cobrado la vida de más de 250 líderes sociales, la mayoría de ellos excombatientes de las FARC y una plétora de grupos criminales organizados que ejercen control sobre territorios estratégicos para diferentes economías ilegales, siendo la principal el narcotráfico.

En Honduras no hubo conflicto armado como en Guatemala, El Salvador y Nicaragua en las décadas de los ochenta y noventa. Sin embargo, el país fue el centro de operaciones de guerrillas, ejércitos y de la estrategia contrainsurgente promovida por los Estados Unidos para la región. Eso dio lugar a que el país fuera estructurado como un Estado contrainsurgente sin conflicto armado y que consecuentemente no se promovieran los procesos de reforma que sí ocurrieron en los otros países como resultado de la firma de acuerdos de paz.

Ambos países atravesaron por acelerados -y desordenados- procesos de urbanización. La precariedad del trabajo en el campo, motivada por crisis económicas, devastaciones naturales (el huracán Mitch en Honduras en 1998) o por la violencia política (desplazamiento masivo de personas en Colombia) saturó unas ciudades que fueron incapaces de proveer la infraestructura de servicios sociales necesaria para albergar a grandes grupos de población. Las principales ciudades de estos países (Bogotá, Cali y Medellín en Colombia; Tegucigalpa y San Pedro Sula en Honduras) fueron rápidamente rodeadas por cinturones de población en situación de marginalidad y pobreza, carentes de adecuados servicios de salud, educación, recreación y, por supuesto, empleo.

La pobreza y la marginalidad no explican la violencia de las barras, pero sí son su contexto. La violencia emerge como expresión de un orden social que se establece por la sobrevivencia en lugares en donde las instituciones políticas, como la ciudadanía, no son promovidas por las agencias del Estado. En esos contextos, otro orden impera, el de un grupo, un individuo o una organización. La formación de los estados en América Latina es la historia de competencia y complementariedad de actores estatales y no estatales que ejercen la autoridad en los territorios. De ahí que tanto en Colombia como en Honduras, ha imperado el que la máxima expresión de presencia del Estado, de autoridad y legitimidad, sea la de las instituciones armadas.

Las barras deportivas transitaron de grupos de hinchas a conglomerados sociales y absorbieron en ese trayecto la violencia dominante en cada país. En Colombia, la existencia de combos, sicarios y grupos de crimen organizado se mezcló con el entorno de marginalidad de las ciudades ofreciendo no solo oportunidades para ejercer la violencia sino imponiéndola como una norma en las relaciones entre las personas. En Honduras, las pandillas (Mara Salvatrucha y Barrio 18) que también surgieron en

el mismo contexto, impusieron la violencia en los barrios y comunidades junto con unas fuerzas armadas (Policía y Ejército) que utilizaron la violencia como único medio para ejercer su autoridad. A esto se sumó el incentivo del narcotráfico desde los años noventa, que transformó las dinámicas de violencia proveyéndoles de rentabilidad económica.

Las barras no están libres de las economías ilegales y de la violencia que ellas implican. Sin embargo, a diferencia de otros grupos violentos, su razón de ser es otra cosa, el fútbol. En Honduras, las dos principales barras, la Ultra Fiel y los Revolucionarios, que juntos aglomeran a más de 25 mil personas en todo el territorio nacional, deben convivir en barrios y comunidades con pandillas y bandas criminales que restringen la vida social de la juventud. Un joven de esos barrios tiene dos opciones, o se une a una pandilla u otra banda criminal, o migra hacia los Estados Unidos. Tener autonomía en esos contextos implica un riesgo que se paga con la vida.

La violencia social no es caótica, responde a un orden social. En un contexto de sobrevivencia, en donde imperan las reglas del más fuerte, en donde los ciclos de dolor, odio y venganza no son interrumpidos por las instituciones de justicia, en donde la muerte de uno de «nosotros» se paga con la vida de uno de «ellos» la rivalidad se convierte en enemistad, en odio y signo de guerra. Los estados no fueron capaces de evitar el traslado de esa violencia a la rivalidad entre las barras, a los estadios y al finalizar los partidos de fútbol. Cuando la violencia invadió el espacio público, la respuesta fue la represión.

Se ha buscado explicar el origen de la violencia entre barras en el fútbol, en sus reglas, en su naturaleza competitiva. Sin embargo, el mismo deporte con las mismas reglas no genera violencia en otros contextos ni en otros tiempos. No es cambiando el fútbol que se reducirá la violencia, es cambiando la sociedad, las condiciones de vida de las personas de las barras y el rol del Estado en las comunidades en donde esas personas viven.



Foto: APAZ



De barras bravas al barrismo social

Las barras de ambos países dieron el primer paso en transformar la violencia entre sus miembros. Diversas iniciativas han apoyado esos esfuerzos a través de alcaldías, iglesias y ong.[2] Sin embargo, fueron las barras las que comprendieron la magnitud del estigma que recayó sobre ellas y las consecuencias que eso trajo para vivir su apoyo a los equipos.

Una tendencia en Colombia y Honduras, así como en otros países de la región, es enfrentar un problema de causas sociales a través de políticas de seguridad. La violencia en los estadios, como se mencionó, es una extensión de una violencia mayor, social, y a la que respondió tarde. El estadio se convirtió en el escenario de encuentro de una violencia que emerge desde los mismos barrios y comunidades de donde provienen las barras. En Honduras, las barras fueron incluidas en las listas oficiales de bandas criminales y equiparadas con las pandillas. En Colombia, las barras han sido catalogadas por fuerzas de seguridad y medios de comunicación como anti-sociales, vándalos, delincuentes, etc.

Esas situaciones han llevado a la alta estigmatización y criminalización de estos grupos quienes, como reacción, elevaron sus niveles de agresividad y cohesión. Sin embargo, también se han involucrado en procesos de transformación para mostrar otras caras del barrismo que quedan ocultas ante la sociedad o que solo son conocidas entre sus comunidades más cercanas.[3]

Desde festivales culturales, juegos amistosos de fútbol, actividades de beneficencia hasta pactos de paz y no agresión y proyectos de emprendimientos productivos para jóvenes en conflicto con la ley, las barras han buscado transformar la imagen que la sociedad tiene de ellas. Una de las principales demandas que los líderes de las barras reciben diariamente por parte de sus miembros es el empleo. En Honduras, las barras apoyan a sus miembros cuando hay situaciones de hospitalización o a los familiares cuando uno de ellos muere. El apoyo es simple, pero sumamente simbólico porque nace de un espíritu de cohesión que sus miembros.

El barrismo social surge como una apuesta por transformar el estigma de violencia que pesa sobre las barras y como una forma de llevar a sus miembros una respuesta a las necesidades que enfrentan en los contextos de marginalidad y exclusión en que viven.

[2] Goles en Paz es el programa más notable en Colombia para reducir los enfrentamientos entre barras. En Honduras, Alianza para la Paz ha apoyado numerosos procesos de mediación y transformación de conflictos con las principales barras del país, la Ultra Fiel y los Revolucionarios.

[3] Para conocer experiencias emprendimientos productivos con barristas en Honduras ver <https://bit.ly/399CpoA>



Tegucigalpa, 7 de agosto de 2019
Foto: Martín Calix. Contra Corriente

¿Y LA PROTESTA SOCIAL?



Foto tomada de Flickr KLEPER

«Ser barrista no excluye ser un joven con perspectiva política, especialmente cuando se trata de demandas que emergen de la precariedad económica y social. Su participación como barrista en la protesta social responde al impulso de demandas sociales más grandes que movilizan a la sociedad en momentos críticos del descontento ciudadano.»

En Honduras, las barras deportivas hicieron su aparición en las protestas en contra del golpe de Estado de 2009. Lo hicieron juntas, la Ultra Fiel y los Revolucionarios. Una ola de represión y aumento de la violencia marcó la siguiente década, las pandillas se vincularon con el narcotráfico, tomaron control de los barrios y paralelo a Policía Nacional se creó una policía militar, liderada por el Ejército. Los medios de comunicación contribuyeron a una intensa estigmatización y criminalización de las barras y los operativos de seguridad en los estadios se volvieron escenarios de guerra, en donde los derechos humanos no tenían boleto de entrada.

La violencia entre barras se redujo durante los siguientes años gracias a pactos y mediaciones entre ellas, pero no fue así en los barrios en donde el control del territorio está en manos de pandillas o narcotraficantes. Las protestas sociales volvieron a cobrar vigencia en el 2013 durante el proceso electoral (altamente cuestionado) que le dio la reelección al actual presidente. Desde ese momento, las protestas no han cesado.

A diferencia de lo ocurrido en Colombia en las protestas de noviembre de 2019 y enero 2020, las barras de Honduras no han vuelto a participar de forma unificada ni explícita como barra como lo hicieron en el 2009. Sin embargo, en ambos países son los jóvenes de los barrios y comunidades quienes, siendo parte de las barras, están en la

primera fila de confrontación. Muchos jóvenes que mueren o son heridos en las protestas son barristas, pero esa identidad raras veces se revela en el cubrimiento mediático.

Kimberly Dayana Fonseca, de 19 años, murió de un disparo en la cabeza cuando la fuerza militar dispersó una protesta en contra de reelección del actual presidente en 2017. Fue enterrada con la camisa del equipo del cual era hinch y acompañada por su comunidad, un barrio dominado por la presencia de una de las dos principales barras del país.[4]

Las barras de ambos países están integradas por personas que son hijos, hijas, parientes, parejas, padres y madres de las mismas comunidades afectadas por los problemas que motivan la protesta social. Son parte de esa comunidad y ponen al servicio de la protesta lo mejor que tienen, su capacidad de actuar colectivamente.

La narrativa oficial y la de los medios masivos de comunicación, presenta a las barras como agentes que distorsionan la protesta, responsables del giro vandálico que toman algunas protestas.[5] Esa es narrativa que es útil para diferenciar la «buena» de la «mala» protesta ciudadana debido a que ya está instalado en la discurso el estigma de que las barras son solamente generadoras de violencia.

[4] Sin castigo a los militares que dispararon a matar en crisis post electoral. Contra Corriente <https://bit.ly/31rGPo0>



Tegucigalpa, 18 de octubre de 2019 Foto: Martín Calix. Contra Corriente

La protesta social es aún problemática para muchos gobiernos latinoamericanos. Ha sido tradicionalmente entendida como algo que debilita al Estado. Sin embargo, la protesta social está directamente relacionada con la democracia, en el sentido de que es un conjunto de acciones sociales colectivas que expresan demandas o que presionan soluciones ante el Estado.[6]

La carencia de mecanismos de mediación y atención no violenta de la protesta social lleva al uso predominante de la fuerza, lo cual aumenta el riesgo de escalamiento de la violencia. En otros casos, se promueve una retórica que busca diferenciar la protesta aceptada de aquella que será reprimida y eso, en algunas cosas, está mediado por la clase social o el estrato. Los estigmas existentes sobre determinados grupos sociales son mecanismos efectivos para lograr ese objetivo. En varios países de Centroamérica, basta con anunciar que las pandillas o las barras están infiltradas en las protestas para que el resto de la sociedad se abstenga de salir a las calles y justificar medidas extremas de seguridad, como estados de prevención o de sitio, tal como sucedió en Colombia en noviembre de 2019.

Ser barrista no excluye ser un joven con perspectiva política, especialmente cuando se trata de demandas que emergen de la precariedad económica y social. Su participación como barrista en la protesta social responde al impulso de demandas sociales más grandes que movilizan a la sociedad en momentos críticos del descontento ciudadano.

Esa es una razón diferente a la perspectiva dominante de que son grupos controlados o pagados por agentes desestabilizadores del orden social.

Es necesario comprender la naturaleza colectiva y social de grupos como las barras para aceptar su participación como un actor más de la protesta social y prevenir, desde esa perspectiva, la violencia a la que toda protesta puede derivar.

Cuando la violencia es aprendida y forma parte de un conjunto de herramientas de sobrevivencia, no excluye escenarios, menos el que se genera en una protesta social con la presencia de una fuerza reactiva especializada en el uso de la fuerza. Por esa razón, desde el Estado se deben agotar todos los mecanismos posibles para evitar la confrontación y apoyar el esfuerzo de los grupos por reducir el impulso violento que proviene de sociedades confrontadas y polarizadas.

[5] El reportaje de La Silla Vacía demuestra que las barras incluso evitaron saqueos durante las protestas de noviembre 2019. <https://lasillavacia.com/los-barristas-le-ponen-pasion-al-paro-75264>

[6] Barrera, Víctor (2019). Transformación de conflictos sociales. Diagnóstico participativo. APAZ, Bogotá Pag. 20. <https://bit.ly/2OuX3aR>



Barra Revolucionarios
Foto: Simone Damasso. Plaza Pública



Foto: Martín Calix. Contra Corriente



Foto: Martín Calix. Contra Corriente

TRANSFORMACIÓN DE CONFLICTOS CON BARRAS DEPORTIVAS PARA UNA PROTESTA SOCIAL EN DEMOCRACIA

Presentarse abiertamente como barra en una protesta social tiene que ver con el nivel de confianza que esos grupos tienen en que el Estado no responderá criminalizando al grupo y no a los individuos. En Honduras, las barras ocultan esa identidad debido a que la criminalización recayó sobre el grupo al extremo de considerarlos terroristas. Eso no impide que miles de jóvenes sigan participando en las protestas y enfrentando a las fuerzas de seguridad. En Colombia, las barras participaron en las protestas expresando abiertamente su identidad y reclamando también su derecho a protestar.

En APAZ se implementó el proyecto Transformación de conflictos y paz territorial, un ejercicio orientado a generar capacidades institucionales en la Policía Nacional para mediar conflictos sociales a través del diálogo y la generación de confianza. Se demostró que es posible reducir el riesgo de escalamiento de la violencia cuando ambas partes, ciudadanos y Estado, dialogan sobre la base del legítimo derecho de protestar. Esta experiencia hizo posible comprender las razones por las que grupos de jóvenes, pandillas en varios casos, participaron de protestas sociales. La Policía fue capaz de establecer un diálogo y comprender que su participación no se debía a una infiltración orientada a la generación de

violencia y desestabilización, sino al hecho de que los jóvenes son parte de comunidades afectadas por los problemas que generan las protestas, por ejemplo, un peaje que golpea la economía de familias pobres, un puente que nunca fue construido, un pago que nunca llegó por parte del Estado.[7]

La perspectiva de transformación de conflictos implica para el caso de las barras un tratamiento que incluya:

Comprender y respetar su identidad colectiva. Ver más allá de la violencia permite descubrir un tejido social de solidaridad, hermandad e identidad que llenan el vacío que produce la exclusión de otras formas de vínculo social aceptadas pero inexistentes en esos entornos.

Establecer el diálogo y el entendimiento mutuo. Así como son las barras quienes mejor conocen lo que se necesita para dar seguridad durante un evento deportivo, el diálogo permitirá establecer mecanismos de control sobre las personas que generan violencia durante una protesta social. Las barras tienen capacidad de controlar a sus miembros cuando las condiciones les son provistas para hacerlo, son ellas las principales interesadas en evitar el estigma sobre el grupo.

[7] Diálogo: el camino hacia la transformación pacífica de los conflictos. APAZ <https://bit.ly/3b65nrj>

Esto requiere del Estado, principalmente de las fuerzas de seguridad, la voluntad de establecer un diálogo continuo y liberado de prejuicios y estigmatización.

Dejar el uso de la fuerza para el momento cuando otros mecanismos han sido agotados. Para cualquier grupo que protesta, la presencia de las unidades anti disturbios es una incitación a la violencia, no es un factor disuasivo. Cuando se ha establecido confianza antes de la protesta, es posible mediar y buscar salidas no violentas para el ejercicio del derecho de protesta social. Ese es un proceso que requiere tiempo y voluntad.

Atender los factores del contexto que generan el descontento. Cuando las barras han salido a las calles han sido portadoras del descontento que moviliza al resto de la población, no lo han hecho presentando una demanda específica de barras. Atender las demandas y cumplir los pactos es un requerimiento de todos los grupos sociales, las barras incluidas.

Apoyar a los liderazgos de las barras para prevenir la violencia entre sus miembros en todos los niveles y expresiones. Las barras son grupos masivos, difíciles de controlar para sus mismos líderes. Todo ellos han demostrado tener la voluntad de transformar la violencia en sus grupos, sin embargo, la fuerza del contexto supera las capacidades de la misma barra. Los programas de apoyo a las iniciativas de prevención de las barras no se deben limitar a los eventos deportivos, sino aprovechar su como puertas de entrada a múltiples problemáticas que enfrentan sus miembros, por ejemplo, desempleo, falta de educación, violencia sexual y de género, alcoholismo y drogadicción, entre otros.

